

Juez y, a su vez, verdugo

1.

El invierno de 1941 y 1942 resultó muy frío. Sin embargo, el fangal de Lemovzha en algunos sectores no llegó a congelarse. A comienzos de enero Fiódor Astájov, persiguiendo al starosta del distrito y a su hermano, de casualidad entró en una zona con musgos cubierta por una fina capa de hielo, cayó en el terreno fangoso y a duras penas salió de allí, y luego mojado caminó mucho tiempo. En realidad, él no buscaba al principal policía local Vsevolod Kliónov, sino a su hermano menor, Piotr, quién en la aldea vecina, desde el altillo de su casa mató con ametralladora a dos personas que no eran de la localidad. Los fusilados eran guerrilleros o paracaidistas. Estos estaban con cascos y ropa de trabajo. Al ver que en la aldea no había alemanes, comenzaron a recorrer las casas pidiendo comida. Como si fueran chicos.

Después de esa mala suerte, Fiódor se resfrió muy fuerte, temblaba. Con mucha fiebre llegó a casa de su madre. No pudo aguantar más, resolvió visitar a su madre tanto para entrar en calor como para curarse del fuerte resfrió. Tomó bastante leche caliente con manteca, se cambió de ropa y se acostó bajo una pesada cobija de algodón, con medias de lana puestas, pantalón negro de vestir, camisa gris casi nueva y, encima, una chaqueta. En la casa no había para él otra cosa para ponerse. Se ató la boca con un trapo para que no se oyera la persistente tos que tenía. Después de haber tomado leche caliente, sudaba a torrentes.

Inesperadamente a la aldea llegó un contingente de soldados alemanes. Todos llegaron en motocicletas y camiones. Eran muchos, vinieron para establecer de dónde habían aparecido los guerrilleros. Fiódor logró saltar al sótano y así vestido como estaba se escondió en el pozo donde guardaban las papas. Los costados del pozo estaban reforzados con tablas de madera. Con la mano muy cuidadosamente puso arena sobre la tapa. La herida en la mano se hizo sentir de inmediato, casco de metralla penetró aún más provocando, de tanto en tanto, un agudo dolor en la zona del codo.

Varios soldados alemanes con un perro ovejero entraron ruidosamente en la casa y de inmediato se sentaron a la mesa. Uno de ellos bajó al sótano y alumbró con su linterna. Con una horquilla hincó la zona con arena, incluso logró meterse debajo de la habitación grande donde estaba el pozo para guardar papas. Para llegar hasta allí tenía que agacharse mucho. Pero allí, en esas condiciones, no pudo manejar la horquilla. Por eso al cabo de unos cinco minutos salió del sótano llevándose consigo un frasco con pepinos en salmuera, se unió a sus colegas sentados a la mesa que ya estaban ruidosamente voceando y bebiendo.

Fiódor con mucha antelación, todavía en octubre, había cavado ese pozo bajo el piso como escondite para la madre en el caso de que prendieran fuego a la casa. Allí ella podría salvarse del fuego y sobrevivir el incendio. En la base de la casa, del lado del río, él había comenzado a hacer un boquete, para lo cual ya extrajo varios bloques de piedra, tapándolo con una hoja de chapa herrumbrada. Cuando había nieve, el boquete no se veía, y en verano en ese lugar crecía la hortiga. De allí se podría salir desapercibidamente. Pero hasta ese momento la boca de salida no estaba terminada. Todavía quedaba por sacar dos o tres bloques de piedra.

Por la mañana los alemanes se fueron. Fiódor, semi-vivo, salió del sótano con su cara pálida, espantosamente

hinchada. Incluso el perro no lo reconoció. Hacia la noche los alemanes se retiraron del todo. Se llevaron a algunas personas, quemaron todo lo que había en la aldea vecina, incluso las casas de los predios particulares. Eso lo hicieron para que no se les ocurra recibir a gente extraña. Los policías de la localidad, Kliónov el menor y Ósipov, para demostrar su servil fidelidad, agarraron a un huérfano deambulante —un gitanito—, herido en la barriga, lo arrastraron fuera de la aldea. El huérfano lloraba y gritaba quejumbrosamente a causa del dolor. El chico tendría unos doce años. Ya fuera de la aldea, lo mataron y lo tiraron a un barranco.

“¡Liquidaré a esos bestias! Sin falta y en primer lugar. El starosta de la región esperará un poco. A éstos todos los habitantes de la aldea los han visto” —se prometió Astájov.

Después de esa desafortunada curación casera, Fiódor no volvió más a la casa de sus padres. Una vez vino para terminar el boquete de salida en la base de la casa. Otra vez, para traerle a su madre media bolsa de harina y un trozo de carne de cordero para salar, que encontró en el galpón de un policía que vivía cerca del pueblo Moloskovitsa. Entregó a la madre todo eso y retornó rápidamente al bosque, a su vivienda cavada en la tierra —zemlianka.

Astájov se habituó al nuevo régimen diario. En el bosque dormía hasta las diez. Después, mientras se mantenía el calor del hornillo calefactor, en una ollita preparaba la papilla, en otra, cocinaba la carne de cordero congelado. Era la comida para el desayuno y el almuerzo, pero esto no ocurría todos los días. Cada vez cocinaba para tres días. Lo más complicado resultaba cómo guardar la comida preparada para que no se coma la zorra que aprendió a entrar en la chabola. La misma ya dos veces se comió las reservas de comida preparada por Fiódor.

Una vez por semana lavaba la ropa en el agua que calentaba en el balde sobre el hornillo, se cortaba el cabello

y se afeitaba con un cuchillo afilado como navaja. El balde, su cuchillo preferido desde la infancia, el jabón, la sal y las ollitas de hierro trajo de su casa el primer día. Por las mañanas, cuando el hornillo se apagaba, él cerraba la entrada a su vivienda con las ramas de pino, encima tiraba nieve. Después daba vuelta a un largo rollizo y, por la parte que no estaba cubierta de nieve, cuidadosamente pasaba a través de los matorrales hasta un caminito, de allí volvía a dar vuelta el rollizo con el lado de la nieve hacia arriba y se iba a la aldea porque era necesario ver y explorar personalmente qué pasaba y de manera imperceptible llegar a la casa de su tío Egor. Allí se enteraba de las novedades que había en la fábrica láctea, de los policías, de los alemanes, también qué pasaba con los muchachos que no se fueron a prestar servicios como policías para los alemanes.

Fiódor Astájov, habiendo llegado a la aldea, se subió a una roca roja y miraba desde allí el paisaje conocido desde la infancia, sus sinuosidades, el puente y las cúpulas de la iglesia. En la aldea, prácticamente no existía sensación de vida. Del correo salieron dos policías en nuevo uniforme de color negro, recorrían las casas, algo anotaban en un cuaderno blanco. Al encuentro de ellos, en dirección a la escuela, venía caminando María Ignátievna desde la casa vecina, llevando un bidón grande con leche.

Allí, al parecer, funcionaba el estado mayor de los policías de cinco aldeas vecinas. También la madre de Fiódor iba caminando en dirección de Krasny Mayak, llevando un bidón. A ella le ordenaron llevar cada día leche fresca para la guardia de la planta láctea, distante aproximadamente unos siete kilómetros. Apenas si caminaba, pues le dolían los pies.

Fiódor se acordó de su llegada a la casa de la madre después de evadirse del campo de prisioneros. Recordó cómo ella lloraba y se alegraba al mismo tiempo viendo a su hijo vivo. De inmediato corrió las cortinas en las

ventanas y cerró la puerta con una traba. El abrigo grande de piel ovina —con el cual Fiódor iba caminando por los bosques desde la ciudad Kaunas, recorriendo más de 500 kilómetros hasta la casa de su madre—, de inmediato lo metió en el horno ruso que estaba todavía caliente. El abrigo en el instante quedó blanco por los piojos achicharrados. La casaca rotosa, la camisa y el pantalón los quemó en el hornillo quemador, luego le trajo agua caliente. Fiódor se lavó como pudo directamente en la habitación. Después la madre le lavó la herida en la mano con vodka casera y la vendó con una toallita blanca limpia. Del atillo le trajo un viejo pullover abrigado, un pantalón de guata algodónada, botas de fieltro con chanclos que quedaron todavía del padre. Fiódor tomó la sopa de hortalizas sin carne y se sintió muy bien... La madre no disuadió al hijo y aceptó de inmediato el plan que él tenía para llevarlo a cabo en su tierra natal...

2.

Cuando se vive en la aldea, uno se acostumbra desde la infancia a hacer todo solo, minuciosamente, con exactitud, que dure mucho, para sí mismo. Fiódor conocía todos los montículos en el campito cerca del caserío donde él con su padre solían guadañar el pasto. Recordaba cada rollizo cuando transportaban la casa del predio particular hacia el terreno en la aldea, que quedaba casi sobre las orillas del río Lemovzha... La propia naturaleza acepta con agrado a todos quienes gustan convivir con ella. A los otros la naturaleza no los soporta, los rechaza.

El mecanismo estatal es todo lo contrario, con mayor frecuencia el mismo sirve para cambiar la naturaleza. Mucha gente, muchas fábricas, grandes planes. Involuntariamente, uno tiene que adaptarse y hacer las cosas aunque no le gusten.

Si se resuelve construir aviones, entonces ¡todos deben estar dispuestos! Si se decide la colectivización, entonces cada tercer campesino es denominado ricacho acaparador, cada tercero es tildado de enemigo del pueblo. Si retrocedemos, a todos se nos tilda de generadores de pánicos y cobardes; si caemos prisioneros, se nos tilda de traidores. Ese mecanismo seguramente no puede actuar de otro modo... Pero es que Fiódor Astájov es uno sólo. Actúa sin jefes superiores, sin órdenes de arriba, sin subordinados, sin tribunal y sin poder. ¡Y vaya uno a entender! ¿A qué atenerse?

Cuando se trata de los alemanes, todo esta claro. Contra ellos debe actuar de modo inadvertido y sin presunción. Continúa la guerra, nadie de los habitantes locales irá a curiosear: ¿Quién es el héroe que hizo volar el puente o la sede del Comando? Cosa normal. Pero, Dios mío, a nadie le será indiferente que ese tipo, igual que ellos, que vivió en vecindad con ellos, que los traicionó, le haya alcanzado el merecido castigo. Para ellos eso equivaldría a un cierto acto de justicia. Quizás, eso serviría para los que demás, más débiles de carácter, apocados y engañados, pero no tan canallas como aquél, se pusieran a pensar.

A simple vista todo parecía estar claro. Pero a Fiódor le agobiaban las dudas. En su mente surgían cada vez más nuevos interrogantes. Interrogantes dirigidos, en primer lugar, a sí mismo.

¿Estará él en condiciones de vivir solo y ocultarse durante largos meses en la zemlianka? No debe enfermarse. No puede estar herido. Nadie te podrá ayudar. En la casa de sus padres no puede quedarse, por más que le pida su madre. Sin falta se enterarán, lo averiguarán y avisarán a los policías. ¿Cómo en esta situación moverse? En todas las aldeas callejean los policías patrulleros y revisan los salvoconductos. ¿Cómo buscar ayudantes y correligionarios? Eso probablemente era lo más difícil. Es que éstos, a diferencia de él, no pueden desaparecer incluso por breve

tiempo para realizar junto con él algún acto de sabotaje. Si desaparecen, liquidarán a toda la familia. ¿Irse junto con la familia?, pero ¿adónde ir?

Lo más complicado era otra cosa. ¿Qué podía ofrecer a los locales para que se decidieran de pronto ir con él? El Ejército Rojo se fue, abandonándolos. Las octavillas lanzadas por aviones invocando que pronto el ejército retornaría, ejercían un efecto totalmente contrario. El nuevo poder ya estaba instaurado y actuaba. Además, actuaba con crueldad. Los alemanes estaban allí cerca, en el Bolshoy Sabsk, a media hora de viaje. En cualquier momento podrían arremeter. Ellos no recorrían las aldeas como los policías. Ellos directamente sacaban a todos al patio frente a la iglesia, después recorrían las casas para cerciorarse si no había quedado alguien oculto. Si detectaban algo raro para ellos o les surgía la más pequeña sospecha, de inmediato fusilaban a toda la familia o también quemaban toda la aldea.

Todo aquel que vivía allí, con toda razón del mundo podía pensar: ¿A lo mejor el país, al igual que toda Europa, ya perdió la guerra? Pues, en nuestro país existió el dominio de los tartaro-mongoles durante varios siglos..." Cuando a Astájov herido, junto con otros prisioneros apresados, transportaban en vagones hacia la retaguardia alemana, muchos pensaban del siguiente modo: "¡Se apoderarán de Moscú y Leningrado, después nos dejarán en libertad!" Ese modo de pensar significaba una simple sumisión o renuncia a resistir a la fuerza más poderosa, era un tipo de conciencia cuando la persona comienza con facilidad a aceptar los dictados de una fuerza externa. Y ya no importa de qué fuerza se trata, de la propia o externa. La persona, de todos modos, cumple y acata su voluntad.

¿Qué podía él contraponer a eso? ¡Únicamente la acción! Únicamente acciones activas contra esa fuerza externa. Y de nuevo, ya por reiterada vez, surgía el mismo interrogante. ¿Actuar solo o con un destacamento?

Ni bien retornaba Fiódor a ese interrogante, un montón de otros problemas comenzaban a asomar como los hongos después de una lluvia tibia. "¿Buscar guerrilleros o el ejército rodeado?, ¿simplemente deambular por los bosques, esperar que ellos solos se aparezcan por aquí? ¡No! Yo ya había recorrido tanto y no encontré siquiera algún parecer de guerrilleros. Además, no con cualesquiera iré. Ya aprendí bastante. Ya vi tantas personas vagando por los bosques..." Las condiciones del momento exigían aprender a actuar solo, sin esperar ayuda en el transcurso de largo tiempo.

¿Qué necesitaban los habitantes locales, cuyos hijos y maridos ya eran policías y servían a los alemanes? ¿Que necesitaban los propios policías? Todos eran tan distintos. Había que buscar aquello que los separaba. Unos necesitaban simplemente sobrevivir. Para otros ese servicio les significaba ganarse un trozo de pan. Para otros, como a Kliónov, les interesaba demostrar su fidelidad ante el nuevo poder instaurado, enriquecerse y seguir teniendo su codiciado poder sobre la gente. Y solamente algún grupo que odiaba al Poder soviético, con alegría veía en el nazifacismo alemán como a sus salvadores. Gente como esta aparentemente no la había. Era necesario que todos ellos entendieran, que si se convertían en escoria humana, los matarían. Pues que vieran que el castigo le llegaría a cada uno.

Resultaba entonces que Astájov por su propia voluntad se convertía en juez y al mismo tiempo en verdugo. ¿Quién le permitió?, ¿quién le dio poder para eso? ¿A él, que no hacía mucho estuvo en la prisión y casi fue fusilado por sus propios correligionarios?

Fiódor Astájov de pronto sintió claridad en la mente, como si se liberara de la embriaguez ideológica, de las directivas militares y reflejos del lodo ilusorio y falso. Ante su conciencia él sacó conclusiones claras. Había que matar al enemigo. ¿Eso lo hacía bien o mal el país?

Tu país, ¿te valoraba o te rechazaba? De verdad, eso era elemental. Pero a todo esto trataba de no darle importancia. Consideraba que lo fundamental era expulsar al enemigo de su tierra. Como pueda, expulsar al enemigo. Matar, perjudicar y crearle dificultades. Y de ese modo, ayudar a los suyos..., a los familiares, a su esposa, al pequeño hijo, a su madre... Después a la gente sin falta le entrará a funcionar la memoria. La misma extraerá del pasado todos los detalles de la traición y de la falsedad. La imaginación transformará esos detalles en formas reales... Luego, la conciencia por sí misma despertará. Esa no será la conciencia falsa de un esclavo que ha perdido su personalidad, sino que será una conciencia auténtica, que obliga a pensar, adoptar decisiones y actuar.

3.

Desde la cima de la roca Fiódor Astájov vio cómo su madre se encontraba con la vecina Dmitrievna. Ella también vivía sola, y a su casa con frecuencia llegaban los policías a comprar vodka casera. Ocurría a menudo que se bebían el alcohol en la casa misma de la vecina y después se iban de recorrida. Pero mientras bebían, hablaban mucho de sus propios asuntos, a quién ascendieron, a quién ahorcaron, a quién y hacia dónde lo mandaron, quién es el más importante, etc. Su madre, al encontrarse con Dmitrievna, siempre se detenía, la saludaba, y esperaba que la vecina comenzara a contarle sus aventuras y jactarse con sus sabidurías.

En las cercanías de la iglesia estaba parado un sulky con caballo. Hacia allí se arrimaban los vecinos de las aldeas Jotnezhi y Koriachi. Eso indicaba que anunciarían alguna ordenanza. “Interesante era saber, ¿quién habrá llegado? ¿No sería el mismo Kliónov?” —imaginaba Fiódor. Sin embargo, aquél sin guardia de seguridad no iba a ninguna parte. Cuando la vez pasada llegaron los

alemanes y fusilaron frente a la iglesia al molinero, también reunieron a mucha gente. Pero aquella vez vinieron solamente el hermano menor de Kliónov y Osipov.

Al cabo de dos horas todos se retiraron. De nuevo volvió el silencio, nadie quedó en los alrededores. Por la noche se podía salir a la calle y caminando por la aldea se podía llegar a la casa de cualquier policía, y de cerca, percibir qué tipo de persona era. Habitualmente ninguno de ellos se acostaba a dormir antes de las dos de la noche. Daba la impresión de que estaban esperando algo. Después, durante largo tiempo medía la distancia de una aldea a la otra, los caminos de desvíos, y las vías para las retiradas. Para analizar las modalidades de los principales policías era necesario conocer muchas otras cosas. Hacia dónde iban, para qué, cuándo, qué tipo de armas usaban, si tenían guardia de seguridad. La planta láctea era otro asunto. Cómo llegar a la planta Fiódor ya lo sabía en detalles, también cómo incendiarla. Quedaba por saber qué tipo de guardia de seguridad tenían allí y dónde se encontraba, dónde concretamente y cuántos barriles de manteca había en el depósito. Además muy cerca, a cinco minutos, en la aldea Sabsk, se encontraba una división alemana. Era imprescindible conocer todos los detalles también sobre dicha división...

A las dos de la noche, a veces más tarde, Fiódor volvía al predio de la casa particular, a su chabola. Primero de todo debía prender el hornillo, calentar la comida y después ponerse a dormir. Pues al día siguiente, o sea, ya hoy, sería un día duro. Se enteró que por la mañana el policía Osipov iría al riachuelo Luga a visitar a sus familiares. Lo cierto era que Fiódor no sabía si Osipov iría solo o con su amigo Kliónov. Sabía únicamente que, por lo general, nunca andaba solo. Siempre acostumbraba ir con dos o tres personas de guardia.

Sobre las cimas de los pinos caía una cortina enorme de cielo grisáceo. No se veía ni una sola estrella...

Un poco más, el cielo y el bosque se fusionaban. Sobre la cara caían copos de nieve que se derretían rápidamente. Fiódor se detuvo un instante. Había un silencio absoluto. Ningún sonido ni ruido de ramas. En las cercanías se oyó el crujido de un árbol. Otra vez el silencio. Fiódor Astájov se sintió un tanto nervioso por el impenetrable silencio que lo rodeaba. No obstante siguió caminando con cierta precaución. Bajo los pies crujía traidoramente la nieve, pero el bosque neutralizaba con rapidez ese sonido.

A unos 20 metros del lugar donde se detuvo Fiódor, por el borde del camino iban caminando dos personas con fusil, vestidos con buen abrigo y gorro de piel. Esos caminantes eran Kliónov y Osipov, quienes hacía un mes fusilaron a dos guerrilleros y después, a la vista de todos los habitantes de la aldea, arrastraron al gitanito herido para matarlo. A un costado y detrás caminaban otros tres más con fusiles al hombro.

¡Si supiesen esas bestias humanas cuánto tiempo él los estaba buscando! Cuántas veces se preparaba, largas horas los estaba esperando, pero ellos se iban por otro camino. Después el corría por la profunda nieve unos diez kilómetros, para interceptarlos en otro lugar. Era necesario que aparecieran juntos lo más lejos posible de la aldea, para alejar la sospecha de que ha sido algún aldeano...

Caminando paso a paso por una nieve bastante profunda, ambos policías iban uno detrás del otro. En medio del silencio se oyó un disparo. Kliónov cayó de inmediato y quedó tieso, al segundo la misma bala por lo visto solamente lo rozó. Los tres guardianes se desconcertaron y no sabían qué hacer. Dos de ellos, los que iban detrás, se largaron a correr sin un solo grito. El tercero, se tiró sobre la nieve, sin apuntar, comenzó a disparar en dirección al bosque, hacia donde estaba Astájov. Después, habiendo razonado un poco, se largó a correr de-

trás de los dos primeros en dirección a la aldea próxima. Fiódor Astájov no reconoció a ninguno de ellos. Esperó un poco y después se acercó al camino. Vio a Osipov sentado o acostado de manera rara, tratando de hacer funcionar el cerrojo del fusil.

—Qué sorpresa, mi vecino —murmuró habiendo reconocido a Astájov.

—Sí, tu vecino —duramente respondió Fiódor y terminó de matarlo con la culata. No habló ni explicó nada. ¡Simplemente lo terminó de matar y asunto finalizado! Sin ningún sentimiento, a excepción de una sensación de asco por el contacto con una bestia humana podrida.

Después recogió los fusiles y arrastró mucho tiempo por la nieve hacia el río a los policías aniquilados. El no quería que los encontraran, pero no resultó. El abrigo de uno de ellos se hinchó y asomaba del agua.

Cuando los soldados alemanes, junto con los policías los buscaban, ese abrigo les permitió encontrar e identificar a los dos. Luego, lógicamente, los sepultaron con honores y con salvas de fuego. Llegaron oficiales alemanes de alto rango. En la localidad de Jotnezhi, en el cementerio detrás de la iglesia sepultaron a los dos policías.

Se notaba que valoraban sus “esmerados” servicios. A ninguno de los habitantes de la localidad en el radio de diez kilómetros no los tocaron para nada. Únicamente hicieron un recorrido en fila por el bosque en torno de las aldeas más cercanas. Pero no entraron muy lejos, unos cinco kilómetros al fondo, nada más.

Su madre le contaba que las abuelas con las que se encontraba en el camino de la aldea, Dmitrievna y Vera Ignatievna, en su tentativa de compartir sus impresiones sobre ese acontecimiento, de un modo muy insinuante mostraban con la cabeza en dirección hacia arriba. En sus rostros se percibía simultáneamente tanto el miedo, como la alegría poco disimulada.